

## La multiplicación de los panes

Como ya en tiempo de Jesús, así también hoy el pan de cada día sigue siendo el problema principal para gran parte de la humanidad. Y los hombres, hoy no sufren sólo hambre del cuerpo, sino también del espíritu, del corazón, de fraternidad y de amor.

Y esto pasa porque los cristianos no hemos tomado muy en serio el mensaje del Evangelio, porque después de tantos siglos de cristianismo no hemos logrado construir todavía un mundo de fraternidad.

Es Jesucristo quien alimenta a los hombres con su palabra de vida y les da de comer pan. Pero no sé si han notado, en el Evangelio, la disposición que Jesús exige, antes de realizar el milagro de la multiplicación de los panes en Mt 14,13-21, la orden que da.

Ante todo, les pide **un acto de confianza**, les manda sentarse en el suelo. Mientras están de pie, no dependen más que de ellos: conservan al menos la posibilidad de buscar comida ellos mismos. Pueden encontrarse con un vendedor ambulante, pueden ir a buscar algo. Pero al tomar asiento están renunciando a toda posibilidad de bastarse a sí mismos. No tendrán más remedio que entregarse, confiarse a Él.

Cuando oyen esta invitación a sentarse, yo creo que no pocos dudan. Porque se sienten intranquilos por el hambre. Y Él les pide que se tranquilicen, que se entreguen, que tengan confianza. ¿Van a creer que es capaz de alimentarlos?

¿Qué hubiéramos hecho nosotros? ¿Qué sentiríamos el día en que nos encontráramos en la necesidad de decirle sinceramente: danos hoy nuestro pan de cada día? ¿No nos veríamos tentados de intentar cualquier otra cosa, en vez de recurrir a Dios? ¿No sería terrible tener que admitir que no tenemos ningún otro recurso más que Él?

En fin, algunos, en un verdadero acto de fe, se

Y cuando el pan empieza a circular, cuando cada uno se queda con todo lo que quiere, y cuando ven que todavía sobra - pienso que entonces ya nadie se extraña demasiado. El verdadero milagro se ha realizado antes. El verdadero milagro lo ha hecho Jesús con ellos mismos: era el milagro de su fe y de su amor.

También a nosotros se nos pone la misma condición, la misma exigencia: ¿Creemos nosotros en Él? ¿Creemos que Cristo es capaz de saciar nuestra hambre? ¿Creemos que Él puede cambiar nuestra vida, llenarla, renovarla?

Y si somos sinceros, me parece que estas cuestiones nos dejarán muy inseguros e inquietos. Queremos creer, deseamos creer, pero nos cuesta vivir de la fe. Tenemos fe en todo el mundo, excepto en Dios.

Ponemos nuestra salud en manos de un cirujano. Entregamos nuestro dinero a un banquero. Y nuestra vida la ponemos en manos de un chofer, a pesar de todos los accidentes que ocurren. La vida no sería posible sin confiar en los demás.

Sólo en Dios no confiamos, o confiamos poco. Estamos convencidos de que sabemos conducir mucho mejor que Él. Apenas nuestra vida da un viraje un poco brusco, se detiene o acelera más de lo normal - y ya nos ponemos a dar gritos de angustia.

Imaginémonos un viaje familiar en el que todos los hijos desconfían de su padre que está manejando el coche: le critican por todo el camino; le gritan ante cualquier obstáculo... sería un viaje horroroso. Pero eso es lo que hacemos muchas veces con Dios.

Siempre encontramos motivos muy razonables para no creer. La fe sigue siendo siempre un acto por encima de nuestras fuerzas naturales, una gracia a la que tenemos que abrirnos, una oscuridad que tenemos que soportar. La fe es

tener la luz suficiente para poder moverse con